

Crítica a la crítica literaria en Centroamérica: los espejos instituyentes de la década de los noventa

Carlos Manuel Villalobos Villalobos^a

Recibido 26-03-14

Aprobado 17-06-14

Resumen

Este artículo aborda el tema de la mirada hacia sí mismo que ha producido el discurso crítico literario en Centroamérica y tiene como marco central la década de los años noventa del siglo XX. El reto de este discurso consiste en dilucidar frente al espejo sus propios postulados ideológicos, frente a las dinámicas académicas de América Latina, Norteamérica y Europa. En este trabajo se desea responder en qué medida en este contexto, dicho análisis logró desenmascarar los paradigmas interpretativos de su enunciación. La respuesta a esta interrogante demuestra que, en general, los asomos fueron esporádicos y de poco alcance autocrítico.

Palabras clave: literatura centroamericana, crítica a la crítica, crítica literaria, historiografía, historiografía centroamericana.

Abstract

This article approaches the issue of self-analysis produced by the literary critical discourse in Central America. It has as its central framework the decade of the 1990s. The challenge of this discourse consists of explaining in front of the mirror one's own ideological principles, versus the academic context in Latin America, North America and Europe. In this work, the author wants to answer in what measure in this context, the above mentioned analysis was able to unmask the interpretive paradigms of his enunciation. The answer to this question shows that, in general, the goals were sporadic and with a low self-critical range.

Key Word: Central American literature, critique to the critique, Literary criticism, Historiography, Central American historiography.

En el año de 1979¹ el crítico costarricense, Manuel Picado Gómez, puso en entredicho el carácter supuestamente crítico de la literatura neorrealista costarricense y propuso que los contenidos ideológicos de este discurso se sostenían gracias a la crítica. Demostraba, de este modo, que los criterios para estudiar la literatura,

se basaban en las mismas trampas ideológicas que otros tantos discursos de poder. Inauguraba, de este modo, en su país el estudio de la crítica a las tecnologías de la hermenéutica utilizadas por los estudiosos de la literatura.

Esta mirada, que se centra en el espejo instituyente, es decir, en la autocrítica, se desarrolló más ampliamente en la región centroamericana durante la década de los años noventa del siglo XX. En este contexto, varios estudiosos se abocaron a revisar los mecanismos de lectura que guiaban las producciones literarias en sus respectivos países.

¹ Este año en un seminario realizado en la Escuela de Filología de la Universidad de Costa Rica, Manuel Picado ensayó con sus estudiantes una lectura ideológica de la literatura costarricense de la década de los cuarenta. El resultado de estas reflexiones fue publicado en la revista *Repertorio Americano* de la Universidad Nacional (Año V No.4, ago-set) y, en 1983 se publicó, finalmente, como libro.

^a Es Doctor y Director de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura. Universidad de Costa Rica, Costa Rica.
Contacto: carlos.villalobos@ucr.ac.cr

Este artículo es un recorrido por algunos de los aportes que se produjeron en este contexto y que dieron lugar a un conjunto de miradas que replantearon los mecanismos de análisis de los textos literarios. Se plantea el reto pendiente, el dilucidar el vínculo ideológico del crítico, frente a las representaciones simbólicas del discurso literario; o bien, cómo desmarcar los paradigmas interpretativos de las nomenclaturas simbólico-ideológicas del texto.

En Panamá, uno de los estudios en esta línea fue planteado por Mariapía Pilolli en 1992, a propósito de la novela *Plenilunio* de Rogelio Sinán. Ella encuentra que los comentarios más frecuentes elogian la habilidad del escritor, pero cuestionan un elemento artístico y formal como es lo erótico sexual, que según los críticos estaría presente en demasía. Esta dimensión moralista impide una crítica que se enfrente a la globalidad del universo poético del reconocido narrador (1992:69-70).

Después de esta revisión crítica, Pilolli estalla en juicios *ad hominem* y califica el trabajo de sus antecesores como falto de visión:

Por ahora, tampoco nosotros tenemos nada que decir a estos críticos miopes o ciegos... Pero sí muchas preguntas abiertas y la certeza de que será preciso analizar relacionar y evaluar una multiplicidad de elementos para poder llegar a construir un hilo analítico desde *Plenilunio* hasta *La isla Mágica* (Pilolli, en Levi y otros, 1992:70).

Estamos frente a una crítica a la crítica que intenta desentrañar los núcleos del discurso que estudia la obra de Sinán, pero que se rinde sin ofrecer un análisis que sostenga sus planteamientos. En otras palabras, si la crítica antecedente cayó en la acotación axiológica, Pilolli ha dado el mismo paso que tanto le molestó. La principal razón de esta contradicción es que no tuvo el cuidado de establecer un criterio teórico, como partida, para desarrollar su análisis. El resultado es un ejercicio de corte impresionista.

En Nicaragua uno de los estudiosos que, con frecuencia, cuestiona los montajes de la crítica es Leonel Delgado Aburto. A propósito del texto, (citado en el capítulo anterior) Dos décadas en la narrativa nicaragüense de su compatriota Isolda Rodríguez Rosales, Delgado señala que este trabajo no consigue dar el salto interpretativo de la narrativa nicaragüense, pues “constituye una derivación descriptiva de la estilística con abundantes (y muchas veces irresponsables) adornos del estructuralismo” (1999:13). También –insiste– “escolásticamente se adhiere a los autores dedicándoles a veces excesivos y mal disimulados elogios personales” (Delgado Aburto, 1999:14).

Este caso le permite al nicaragüense extrapolar una crítica a la crítica literaria en Centroamérica y particularmente a la de su país. Según su visión, las historias literarias y culturales en Centroamérica se han escrito demasiado mal, pues los críticos e historiadores se mueven al vaivén de la política y únicamente recuerdan aquello que les conviene (1999:13). En relación con la crítica producida en Nicaragua afirma:

Se puede decir que en el trayecto de la literatura nacional ha predominado un tipo de crítico medusa; quiero decir un crítico que se adhiere a las formas de los autores, que se acepta, por virtud del mimetismo o la sobrevivencia, aditamento del autor; sin presentar una auténtica personalidad él (o ella) mismo/a, es decir, sin lograr ofrecer originales y sólidos criterios propios (1999:13).

A esta crisis de autenticidad, Delgado agrega un fenómeno de “balcanización”, que según él, se produce por la falta de contacto con corrientes de la crítica actual (1999:14). La constatación de este síndrome de la medusa, la división interna y la desactualización motivan a este crítico a proponer un debate, para el cual aún sigue buscando interlocutores.

Otro análisis vinculado con la instituyente crítica es el que desarrolla un equipo de investigadores de la Universidad Nacional, en Costa Rica. Este grupo está conformado por los siguientes investigadores: Quince Duncan, Julián González, Guillermo Jiménez y Mayela Mora. En 1995 publicaron una investigación titulada *Historia crítica de la narrativa costarricense*. En este trabajo los autores revisaron, con minucia, tesis de grado, revistas literarias, periódicos, libros especializados y las presentaciones de libros que se hacen como introducción o en las contraportadas. Solo en relación con las tesis de grado examinaron sesenta trabajos y los agruparon desde el punto de vista metodológico. Ubicaron en total tres momentos teóricos: la Estilística (tesis escritas principalmente antes de 1971), el Estructuralismo (Tesis escritas a partir de 1972), y la visión sociológica (tesis, en su mayoría, presentadas después de 1976).

Como parte de los hallazgos principales encontraron que es común en la producción crítica costarricense, la reproducción de aseveraciones ajenas, sin cuestionar los fundamentos. “La apelación a la autoridad del crítico, o a otros críticos que se consideran poseedores de una “gran cultura”, han estado a la orden del día” (1995:47). Abelardo Bonilla es, en este sentido, el crítico más emblemático, del que incluso se reproducen equivocadamente algunas de sus aseveraciones.

En relación con los libros de crítica literaria, el equipo consideró que los estudios más o menos rigurosos se inician en 1920 con la publicación de *Valores literarios de Costa Rica* de Rogelio Sotela. Encuentran también que estos trabajos se pueden agrupar en dos tipos: primero los de carácter historiográfico, que son la mayoría, y que presentan una exposición histórica de la realidad costarricense mediante la periodización de las obras literarias en grupos o generaciones; segundo, los de adscripción analítica “que, sin omitir aspectos anteriores, intentan una visión más crítica de la obra y la abordan como un producto social históricamente configurado” (1995:11).

Esta visión, sin embargo, escapa a las pretensiones de sistematizar la crítica costarricense, pues es un resumen previo para un estudio mayor de carácter historiográfico. Paradójicamente esta sistematización cae en la misma trampa que critica. En una de sus conclusiones el grupo considera “que en términos generales la crítica costarricense tiende a utilizar la literatura como pretexto para la discusión de fenómenos extraliterarios” (1995:47). Y esta es, precisamente, una de las particularidades del mismo análisis que el equipo propone. Mediante un gesto propio del sociogenetismo, ofrecen un panorama histórico, para luego ubicar ahí el panorama discursivo, dividido en períodos. Lo mismo ocurre con el establecimiento de las corrientes literarias. Los criterios para establecerlas acuden a elementos extraliterarios, mientras que la formación discursiva, es decir, lo intraliterario, es poco tomado en cuenta.

Llama la atención también que en los postulados metodológicos iniciales se promete un análisis sistémico, pero en la puesta en texto, el resultado es un nuevo intento de historiar la narrativa nacional, con una nomenclatura distinta, pero sin lograr superar el sociologismo genético que para entonces, hacía rato, había desbancado la revolución del dialogismo bajtiniano. De todos modos, el grupo defiende su postura acusando a las nuevas teorías de ser, fundamentalmente, teorías:

No hay duda de que en los últimos años, la crítica costarricense ha tratado de cambiar su rumbo. Ciertamente, abundan en las universidades estudios monográficos, a veces dirigidos más a la demostración del dominio de tal o cual técnica o método de análisis, que a una comprensión histórico-social. (1995:48).

La crítica, sobre todo como discurso de poder académico, juega un papel determinante en la construcción de los códigos de verosimilitud que legitiman o excluyen determinada postura estética; al mismo tiempo, es el dispositivo que

catapulta o entierra a los autores y sus obras. El autor centroamericano que goza de mayores comentarios es, sin duda, Rubén Darío. Por ello, un análisis del discurso crítico que legitimó el Modernismo y, con él, a Darío es un tema que puede propiciar una investigación de muchas posibilidades. Un trabajo desde esta perspectiva es el que publica Margarita Rojas en 1995, bajo el título *El último baluarte del imperio*.

Rojas inicia con lo que califica el discurso “inaugural” de la crítica antimodernista y que, constrictoriamente, es también el que gestará los estudios dedicados al Modernismo. Investiga en fuentes primarias –como “*Cartas americanas*” (1888) de Juan Valera– los códigos semántico-ideológicos de la crítica modernista. Entre los núcleos de este discurso crítico se encuentran la aceptación del Modernismo como una moda, la parodia y la burla, el divorcio entre el lenguaje literario y la vivencia y el estilo visto como artificio. Es decir, apunta Rojas, “la excesiva preocupación por el estilo, la interrelación de la literatura con otras artes, el problema religioso, el problema del erotismo y el antiamericanismo” (1995:27).

Los planteamientos de Valera son los que disparan una avalancha de críticas que reproducen estos mismos temas hasta el cansancio. Rojas encuentra que uno de los temas más recurrentes es la dicotomía antiamericanismo/ americanismo. Tanto Valera como Unamuno le piden a Darío que se dedique a escribir sobre tópicos de su tierra, y en América desarrollan una propuesta similar a José Enrique Rodó, entre otros. Colocan de este modo, en el escenario crítico el tema de la identidad y la originalidad. Pero no es un discurso para nada anticolonialista. Rojas cita una buena cantidad de ejemplos que demuestran cómo los críticos españoles evidenciaban su visión antiamericanista y desprecian a Darío, precisamente por su procedencia. El cliché de indio o de mulato es recurrente en muchos de los comentarios para calificar al poeta nicaragüense.

En la negación americana que le encuentran a Darío, colocan el afrancesamiento como una de los principales cuestionamientos. La influencia gálica se presenta como el argumento que explica el éxito del poeta. La crítica, al buscar estas dependencias darianas, ha experimentado también una situación similar: “al estudiar el texto como imitación de la literatura francesa o como resultado de la literatura española, su discurso crítico depende para sus explicaciones de otra literatura, otro escritor, otro país, otro continente” (1995:91).

Esta premisa le permitió a la investigadora proponer el concepto de “filiación” para explicar cómo opera el discurso crítico que intenta relacionar una obra o un autor con un movimiento literario. La relación entre Darío y el Modernismo es constante, por ello resulta oportuno el término para dilucidar la vinculación que establecen los estudiosos. Pero también funciona a propósito de la obra para determinar las influencias y para aplicar análisis más exhaustivos de la obra en su totalidad. Otra de las variantes es la filiación del autor para atribuirle una “patria” cultural, distinta de la propia. A Darío se lo han disputado tanto los españoles como algunos sudamericanos, sobre todo Chile, donde el poeta escribió *Azul*.

Otra de las variantes de la filiación es propiamente la referida al movimiento literario. Muchas de las polémicas se dan para debatir el aporte nacional a una corriente de prestigio. Es el caso, ya comentado, de Gaviria en El Salvador y la disputa por el origen del modernismo frente a Darío.

Tanto en los casos de glorificación del escritor propio como en lo que se insiste en atribuir a otro la génesis del movimiento, el gesto oculto coincide en la nacionalización de los escritores. La nacionalización no consiste solamente en excluir a los extranjeros sino más bien en incluir al nacional en la comunidad universal. Así, los mecanismos discursivos utilizados para construir la figura del escritor nacional son, por un

lado, su elevación a la categoría de literatura universal (de Lillo y Didelot) y la afirmación de su trascendencia más allá de las fronteras nacionales o regionales. (Rojas, 1995:166).

La muerte de Darío representa, según Rojas, un importante cambio en los procedimientos censuradores que, en general había producido la crítica en relación con la obra dariana. Se sustituye entonces “la denigración por el elogio, la sátira y la burla por la alabanza y el arrepentimiento. El muerto pasa a ser figura central del discurso necrológico y biográfico” (1995:151). Empiezan a aparecer una serie de biografías y estudios sobre Darío. Al mismo tiempo, el modernismo se enfrasca en una nueva polémica que trasciende el ámbito propiamente literario. Se discute con gran interés el tema de la identidad latinoamericana y se mantiene vigente la disputa de la relación entre España y sus excolonias.

Después de esta amplia indagación, Rojas concluye que si bien abundan los estudios al trasluz de una aparente modernidad teórica, estos recurren a categorías metodológicas totalmente superadas por las mismas teorías a las que se refieren. Por otro lado, tanto los historiadores como los críticos “se basan en presupuestos que coinciden con la antigua filología europea colonialista: todos recurren a la teoría de las influencias” (1995:174).

Otra de las conclusiones significativas a las que llega esta investigadora es que en el ámbito académico se intenta mostrar “cierta modernidad con la idea de una “aplicación” de modelos teóricos que han surgido a partir del estudio de estos objetos” (1995:175). Esta estrategia afecta la comprensión de lo que es la investigación y “el estudio de la literatura se lleva a cabo no con el objetivo de descubrir los nuevos problemas propuestos por los textos, sino para buscar en ellos ejemplos ilustrativos de las categorías de análisis deducidas del marco teórico seleccionado” (1995:175).

El estudio de la profesora Rojas demuestra que la crítica de la censura alrededor de la figura de Darío, no consiguió anular la fama del poeta; por el contrario, la mantuvo vigente. Después de muerto, los discursos críticos se apuraron a modificar su perspectiva y se dedicaron a ensalzarlo.

Por otra parte, el análisis discursivo de este estudio se inscribe en los linderos de una crítica poscolonial que procura rastrear las claves que configuraron las representaciones del poder simbólico europeo. La deconstrucción de estos núcleos ideológicos europeos y europeizantes demuestra que la crítica a la crítica es un campo que en Centroamérica está encontrando una vía para abrirse paso.

Uno de los discursos más recurrentes y con más poder instituyente en Centroamérica es el historiográfico. La cantidad de estudios referidos a la generalidad de las literaturas nacionales, géneros particulares y períodos específicos, supera los textos dedicados a otras áreas de los estudios literarios, sobre todo si consideramos que con frecuencia las antologías incluyen referencias históricas. Por esta razón, algunas de las miradas autorreflexivas de la crítica centroamericana se dirigen a la tarea historiográfica.

La profesora Ligia Bolaños Varela es quien inicia en Centroamérica esta línea investigativa. Si bien inicia en la década de los ochenta, con su tesis doctoral *Histoire littéraire en Amérique Centrale et identité nationale* (1987), algunos de sus artículos se publican en la década de los noventa. Bolaños estudia las historias literarias producidas en América Central de 1940 a 1960. Entre otras consideraciones, establece los procedimientos más importantes utilizados en Centroamérica para la periodización y la inclusión de algunas prácticas discursivas y no otras. Este procedimiento legitima un referente histórico-cultural que muestra el proceso de formación de la identidad nacional. Otro de los aportes de esta investigación es el establecimiento de las rupturas y las continuidades en el tránsito de un período a otro.

La investigadora analiza las instancias, los actores y las prácticas que se someten a los procesos de estructuración/desestructuración. Como parte de las recomendaciones, Bolaños sugiere el estudio de cada uno de los textos a partir de la consolidación de un modelo cultural dominante o de los modos de comportamiento hegemónicos (1988:182).

El primer libro centroamericano publicado sobre este mismo tópico es *La Historiografía Literaria en América Central (1957-1987)* de Magda Zavala y Seidy Araya. Este estudio considera un corpus más amplio que el utilizado por la profesora Bolaños. Aparte de seleccionar un texto por cada país y analizarlo con detalle, se anexa una revisión general de libros adicionales de carácter historiográfico. Siguen un criterio cronológico que va de 1957, con *Historia de la Literatura costarricense* de Abelardo Bonilla, a 1987 con *Literatura hondureña y proceso generacional* de José Francisco Martínez (1987)². Mediante un modelo comparatista, las investigadoras indagan ideas estéticas y políticas, concepciones de literatura, procedimientos para la selección de autores y obras, tratamiento de los géneros literarios y criterios de periodización. Encuentran, además, que los modelos privilegiados de los anclajes críticos corresponden a los presuposiciones idealistas de la estilística de Spitzer y Vossler, (en el caso del costarricense Abelardo Bonilla); a criterios de filiación romántica (en el caso del salvadoreño Juan Felipe Toruño y el hondureño José Francisco Martínez); a adhesiones a los valores hispánicos, grecorromanos y católicos, con afinidades por la ideología del mestizaje y las culturas indígenas (en el caso del nicaragüense Jorge Eduardo Arellano); a depolitizaciones del presente, visto como la consolidación republicana

desprovista de conflictos (en el caso del panameño Rodrigo Miró), y a un eclecticismo entre las ideas liberales y paradigmas propios del siglo XX (en el caso de los guatemaltecos Albizúrez y Barrios) (1995, 185-187).

En relación con la definición de literatura que se encuentra en la base de estos textos, las autoras encuentran al menos dos posiciones definidas y una tercera intermedia. Una idea más amplia equipara el concepto a producción escrita, según una perspectiva de origen renacentista. En esta perspectiva se ubica Toruño, Bonilla y Martínez. Por su parte, Arellano sostiene una noción más restringida que identifica esferas especializadas de la producción literaria (culto y popular). Albizúrez y Barrios coinciden con el concepto restringido, pero admiten el periodismo como órgano difusor de lo literario.

Estos dos conceptos básicos de literatura: uno amplio de origen renacentista y la noción más restringida de “Bellas Artes”, que data del siglo dieciocho suelen dejar de lado los discursos no ubicables; entre los que están los discursos emergentes no canónicos. “Igualmente, en esta óptica se opera con una reducción de lo literario al texto escrito en ignorancia de la diversidad de los objetos, de los fenómenos, de los sujetos que interactúan en el campo literario, así como de las instituciones y prácticas que lo caracterizan” (1995:203).

A propósito de los códigos para seleccionar las obras, los historiadores adoptan criterios distintos y no siempre explícitos: “En muchos casos, la distinción entre autores mayores y menores ocurre sin que se den, de previo, las bases de orden selectivo” (1995, 194). En otros, inciden las circunstancias personales del historiador, como por ejemplo, la propia pertenencia a un movimiento o grupo determinado. Esta incertidumbre también afecta los criterios de periodización, lo cuales, en general, se ajustan a las etapas fijadas por la historia literaria del siglo XIX.

2 Las otras historias que consideran para el análisis son *Desarrollo Literario de El Salvador (1958)* de Juan Felipe Toruño; *Panorama de la literatura Nicaragüense (1966)* de Jorge Eduardo Arellano; *La literatura panameña. Origen y proceso (1970)* de Rodrigo Miró, e *Historia de la Literatura Guatemalteca (1981-1982-1986)* de Albizúrez y Barrios. Además al final de cada análisis incluyen una lista de obras adicionales con un comentario general, lo que permite completar el panorama bibliográfico de la historiografía centroamericana hasta completar casi el siglo XX.

Según la investigación, esta heterogeneidad de criterios que presenta el discurso historiográfico en Centroamérica, entre otras razones, puede deberse a la necesidad de presentar una imagen despolitizada del momento en el que se consolida la ideología liberal; a la primacía de los estudios estilísticos e intrínsecos sobre las indagaciones socio-históricas o al aislamiento nacionalista de los estudios literarios en cada uno de los países. Además existe un marcado refugio de los estudios de punta, inicialmente en los paradigmas formalistas y estructurales, más interesados en renovar y multiplicar las técnicas de análisis formal, y posteriormente en el post-estructuralismo.

Las investigadoras añaden que para muchos de los estudiosos centroamericanos la historia no tiene lugar en el quehacer crítico y para otros es objeto de sospecha. Por su parte, la escuela de Lukács había ya incidido en varios de los análisis socio-históricos y había hecho un aporte significativo en los estudios literarios latinoamericanos. “Sin embargo, en Centroamérica esta línea teórica y metodológica no tuvo ningún impacto relevante en la historiografía literaria” (1995: 199). Al final del trabajo, se concluye que

[...] el análisis de las obras ocupa un lugar visiblemente secundario y, cuando se las analiza, pocos historiadores van más allá del recuento del contenido y la ubicación de las obras en movimientos estéticos o en la tradición nacional acumulada en determinado género. En todos los casos, las historias literarias de la región parecen feudos que se dan las espaldas o se sienten islas, a veces grandiosas e inimitables, tributarias de los mitos de la nacionalidad, al modo del siglo pasado. (1995: 200).

El aislamiento en el que actúa la historiografía, según Araya y Zavala, coincide con otros discursos críticos producidos en Centroamérica. Esta configuración ha propiciado que la crítica como instituyente literaria, en general, no haya tenido

en el área que enfrentar serias polémicas, pues tampoco hay una fuerte tradición de crítica a la crítica. Sigue siendo, por lo visto, un quehacer de monólogos que en el mejor de los casos aterriza en los ojos apurados de un estudiante preocupado por su nota. Pero estas páginas acumuladas también han sido cómplices de muchas legitimaciones y otras tantas, deslegitimaciones.

Por su parte, Francisco Alberto Rodríguez, en la introducción de su libro *Autobiografía y dialogismo: el género literario y El río, novelas de caballería* (2004), considera que una de las condiciones de la historiografía actual es su transformación de acuerdo con nuevos espacios de enunciación. En el caso específico de Centroamérica, esta disciplina debe tomar en cuenta la incorporación de los procesos migratorios de las últimas décadas y de las transformaciones de las identidades en el continente. En este sentido, debe “plantearse estos problemas en una compleja red de relaciones entre la globalización, la exclusión de grandes sectores sociales y nuestra situación periférica” (2004:xxiv).

A este marco de requisitos se agrega un elemento que tiene que ver con la discusión sobre la existencia misma de lo que podría denominarse “la historia de la literatura centroamericana”. En este sentido, una de las deudas que parecen presentar los estudios historiográficos con Centroamérica es la formalización de una historia de la literatura del área. En 1998, Arturo Arias planteaba la queja acotando que no existía una historia de la cultura centroamericana, y menos la conciencia en muchos de los sectores de su necesidad. Acota que los “científicos sociales de la región continúan visualizando la historia como “ciencia” compuesta fundamentalmente, sino exclusivamente, de rasgos económicos, políticos y sociales” (1998a:23).

Sin embargo, en 1995 Magda Zavala y Seidy Araya, en su trabajo sobre historiografía centroamericana, habían propuesto la urgencia de desarrollar un proyecto de esta envergadura. Como propuesta propia, para motivar un proyecto que supere estos

escollos y que consiga mostrar el desarrollo de la literatura centroamericana, las autoras sugieren que

De acuerdo con los últimos desarrollos de los estudios literarios, conviene al historiador de la literatura partir de la relatividad cultural de los conceptos de literatura, de sus cambios, a través de las distintas épocas, así como de la variabilidad de sus corpus. De este modo, más que aplicar una noción esencialista que pretende identificar la literariedad de determinados textos y, sobre esta base, excluir otros del campo literario, procurará observar, identificar y relevar las prácticas, fenómenos y objetos propios de la vida literaria específica en su comunidad, pueblo, nación o región (1995:204).

La investigadora Alexandra Ortiz Wallner, quien colabora con el Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas de la Universidad de Costa Rica, coincide con la propuesta de Araya y Zavala el sentido de que es necesario ampliar el canon. Agrega que una de las tareas pendientes consiste en desarrollar balances críticos de las historias existentes, “donde se evidencien tanto las rupturas y los silencios como la posibilidad de establecer (nuevas) continuidades a través de la presencia simultánea de elementos que son omitidos, con especial atención en la cuestión de las dinámicas oralidad/escritura” (2005:9).

Esta tarea finalmente se materializará en un proyecto académico que se conoce como Hacia una historia de las literaturas centroamericanas, cuyo primer tomo se denominó “Intersecciones y transgresiones: propuestas para una historiografía literaria en Centroamérica” publicado en el año 2008 y editado por el alemán Wernes Mackenbach.

Hasta aquí es factible afirmar que las reflexiones críticas que se produjeron a lo largo de la década de los años noventa del siglo XX, propiciaron un cambio de episteme. Se pasó de las metodologías centradas en la descripción

textual a la vinculación del texto con los procesos de producción, consumo e institucionalización. Sin embargo, el reto de este discurso consiste en seguir mirando el espejo de los propios postulados ideológicos, frente a las dinámicas académicas de América Latina, Norteamérica y Europa. Si bien se han logrado desenmascarar algunos de los paradigmas interpretativos, los alcances de estas visiones se mantienen, en buena medida, en los espacios académicos que ofrecen las universidades de la región. Evidentemente, para garantizar la rigurosidad que se pretende, esta tarea debe ser permanente.

Bibliografía

- Araya, Seidy y Zavala, Magda. (2002) *Literaturas indígenas de Centroamérica*. Heredia: Editorial Universidad Nacional.
- Arias, Arturo. (1998). *Gestos Ceremoniales. Narrativa centroamericana 1060-1990*. Guatemala: Artemis Edinter.
- Bolaños, Ligia. (1987) *Histoire littéraire en Amérique Centrale et identité nationale. (Tesis doctoral)*. Universidad de la Sorbonne Nouvelle. Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine, Paris.
- Bolaños, Ligia (1988). “Discurso histórico e historiografía literaria: ¿una alternativa en la construcción de un discurso explicativo de las producciones culturales en América Central?” *Kañina* Vol. XII (1), p. 177-184.
- Delgado Aburto, Leonel. (2002) *Márgenes recorridos. Apuntes sobre procesos culturales y literatura nicaragüense del siglo XX*. Managua, Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica.

Duncan, Quince y otros. (1995) *Historia crítica de la narrativa costarricense*. San José: Editorial Costa Rica.

Jaramillo Levi, Enrique (intr.) y otros. (1992) *El mago de la isla. Ensayos en torno a la obra literaria de Rogelio Sinán*. Panamá: Instituto Nacional de Cultura.

Mackenbach, Werner. (2008). Después de los pos-ismos ¿desde qué categorías pensamos las literaturas centroamericanas contemporáneas? En *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas. Intersecciones y transgresiones: Propuestas para una historiografía literaria en Centroamérica*. Guatemala: F&G Editores.

Picado, Manuel (1983). *Literatura/Ideología/ Crítica*. San José: Editorial Costa Rica.

Rodríguez Cascante, Francisco. (2004). Autobiografía y dialogismo. *El género literario y El río, novelas de caballería*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.

Rojas, Margarita y Flora Ovaes. (1995). *100 años de literatura costarricense*. San José: Ediciones FARBEN.